

guerreros al calor de aquel fuego patriótico que inflamaba el país; perdidos y merodeadores, que ponían al servicio de la causa nacional sus malas artes; lo bueno y lo malo, lo noble y lo innoble que el país tenía, desde



su general más hábil hasta el último pelaire del Potro de Córdoba, paisano y colega de los que mantearon á Sancho. Removido el seno de la Patria, echó fuera cuanto habían engendrado los gloriosos y los degenerados siglos, y no alcanzando á defenderse con un solo brazo, luchó con el derecho y el izquierdo.

V.

Nuestra marcha por Cañete de las Torres en dirección del Río Salado fué un paseo triunfal, mejor dicho, casi no parecía que marchábamos, porque la gente de los pueblos, mujeres, ancianos y chicuelos, nos seguían

á un lado y otro del camino, improvisando fiestas y bailes en todas las paradas.

En Porcuna se nos unieron las tropas de Reding. Celebraron consejo los Generales para distribuir las divisiones y tomar la ofensiva inmediatamente. Aquel día, que fué, si no recuerdo mal, el 12 ó el 13 de julio, vi por primera vez al General Castaños, cuando nos pasó revista. Parecía tener cincuenta años, y por cierto que me causó sorpresa su rostro, pues yo me le figuraba con semblante fiero y ceñudo, según á mi entender debía tenerlo todo general en jefe puesto al frente de tan valientes tropas. Muy al contrario, la cara del General Castaños no causaba espanto á nadie, aunque sí respeto, pues los chascarrillos y las ingeniosas ocurrencias que le eran propias las guardaba para las intimidades de su tienda. Montaba airosamente á caballo y en sus modales y apostura había la gracia cortés y urbana que tan común ha sido en nuestros Césares y Pompeyos. Antes de immortalizar su nombre fué un excelente militar. Hizo su carrera con rapidez grande, si no desusada en aquellos tiempos. Á los doce años de edad obtuvo el mando de una compañía; á los veintiocho le hicieron teniente coronel y á los treinta y tres coronel. En 1794, y cuando contaba treinta y ocho años y poseía la faja de Mariscal de campo, estuvo en la campaña del Rosellón á las órdenes del General Caro, y allí le hirieron gravemente en el lado izquierdo del cuello. Cuentan que la ligera inclinación de su cabeza hacia aquel lado provenía de tal herida.

Ved aquí la distribución que nos dieron: la primera división la mandaba Reding, la segunda Coupigny y la tercera Jones; la reserva estaba á las órdenes de D. Juan de la Peña; y mandaban destacamentos sueltos, de mil hombres poco más ó menos, en calidad de tropas volantes para mortificar al enemigo, D. Juan de la

Cruz, el Marqués de Valdecañas y D. Pedro Echevarri. Trescientos escopeteros, que habían salido Dios sabe de dónde, eran capitaneados por el bizarro presbítero D. Ramón de Argote.

Á caballo éramos tres mil, fuerza no muy grande si se considera que íbamos á operar en país entrellano y contra jinetes muy aguerridos; pero, en cambio, nuestra Artillería era de primer orden. Teníamos veinticuatro piezas, servidas por el Real Cuerpo, con lo más florido de aquella oficialidad á quien estaba reservada la mayor gloria de la guerra, desde el 2 de mayo hasta la batalla de Vitoria.

Nos extendíamos por la izquierda del Guadalquivir, ocupando los pueblos de Porcuna y Lopera; y alargando una de nuestras alas por el camino de Arjonilla, observábamos la orilla derecha, mientras la otra ala se extendía hacia Higuera de Arjona buscando á Menjíbar. Ocupaba el francés á Andújar con las fuerzas que primitivamente trajo á la tierra andaluza, y que habían vencido en el puente de Alcolea y saqueado á Córdoba. La división de Vedel, fuerte de diez mil hombres, hallábase en Bailén, y la pequeña división de Ligier-Belair, el mismo General que vimos batirse con los vecinos de Valdepeñas en los primeros días de junio, estaba en Menjíbar guardando el paso del río. *Andújar, Bailén, Menjíbar.* Conservad en la memoria este triángulo para que comprendáis bien los movimientos de ambos ejércitos.

La primera división recibió orden de ponerse en marcha, mientras Castaños con la tercera y la reserva se dirigía hacia el puente de Marmolejo para pasarlo y atacar á Dupont en Andújar. Ya he dicho que mandaba D. Teodoro Reding la primera división: lo que aun no ha sido escrito por la Historia ni dicho por mí, es que yo formaba parte de ella, porque toda la Caballería

voluntaria fué incorporada á los batallones del ejército, que apenas contaban con la mitad del contingente. Á mi amo D. Diego y á los que le seguíamos nos tocó formar en las filas del regimiento de *Farnesio*.

El 13 emprendimos la marcha hacia Menjíbar. No llegábamos á seis mil, pero éramos buena gente, aunque me esté mal el decirlo. El regimiento de Guardias valonas, los suizos, el de la *Corona*, el de *Irlanda*, el de *Jaén*, los granaderos provinciales, los fusileros de *Carmona*, la caballería de *Farnesio* y las seis bocas de fuego que mandaba D. Antonio de la Cruz, eran fuerzas respetables, orgullosas de sí mismas. Teníamos por General á un hombre impetuoso, de más arrojo que prudencia; buen táctico, incansable en las marchas. Nuestro jefe de Estado Mayor, D. Francisco Javier Abadía, era un militar muy entendido, quizás de los mejores que entonces tenía el ejército español, y el coronel puesto al frente de la Artillería pasaba por un oficial de mucho entendimiento. Nosotros le llamábamos el *sainetero*, por ser hijo de D. Ramón de la Cruz.

En Menjíbar, nuestro General se puso en comunicación con Coupigny (que estaba al otro lado del Guadalquivir, en Villanueva de la Reina) para conocer las posiciones de los franceses. Al anochecer se nos ordenó marchar río arriba, lo cual no comprendimos hasta que se nos dijo que íbamos buscando el vado del Rincón para pasar al otro lado. Antes de amanecer sentimos algunos tiros; diósenos orden de hacer el menor ruido posible y de no encender lumbre. Entramos al fin en el río, cuyo frescor agradecieron mucho nuestros cuerpos, secos é irritados por el calor y el polvo, y algún tiempo después, cuando comenzaban á iluminar el horizonte los primeros vislumbres de la aurora, ya éramos dueños de la orilla derecha. El Mayor General Abadía, que había dirigido el paso, nos

mandó replegarnos á un sitio bajo, donde casi toda la fuerza podía permanecer oculta, y allí aguardamos más de media hora.

Habíamos tomado tan al pie de la letra la orden de no hacer ruido, que avanzábamos muy despacio, silenciosos, con el alma en suspenso, los ojos atentamente fijos en el último término del terreno hacia la izquierda, punto donde se había trabado la acción. Vimos al fin á los franceses en un campo bajo, salpicado de espesos matorrales.

En una loma, y como á dos tiros de fusil de aquel sitio, brillaba inmóvil é imponente algo que desde el primer instante atrajo nuestras miradas, infundiéndonos recelo. Era un escuadrón de coraceros, la mejor Caballería del ejército de Dupont. Todos los jinetes contemplamos el resplandor de las bruñidas corazas, en cuyos petos el sol naciente producía plateados reflejos; y después de mirar aquello sin decir nada, nos miramos unos á otros, como si nos contáramos. Ni una voz se oía en nuestras filas; á todos se nos había cambiado el color, y temblábamos, aunque cada cual hiciera esfuerzos por disimularlo.

El combate principió en guerrillas... Casi toda la tropa española se mantenía en reserva, esperando á saber fijamente si los franceses ocultaban una gran fuerza en la carretera de Bailén. Mientras el frente español aumentaba sus tiros, resistiendo á las guerrillas francesas, que al abrigo de sus posiciones medio atrincheradas hacían fuego mortífero, la Artillería continuaba á retaguardia, y la Caballería, asimismo fuera de acción, recibió orden de ocupar un cerro á mano derecha. Fijos allí, no quitábamos los ojos de la tremenda fila de corazas que resplandecían en la loma de enfrente, quietas, confiadas en su valor y pesadumbre. Aquella fuerza era muy superior á la nuestra por

su organización y marcialidad; pero nosotros teníamos sobre ella, además de la ventaja numérica, que no era de gran valor, dada nuestra impericia, la siguiente ventaja moral: puestos ellos en la vertiente anterior de una loma, todo su poder y su número se presentaban á nuestra vista; no había más coraceros que aquéllos, y podíamos contarlos uno por uno. Nosotros, en cambio, estábamos sabiamente colocados por el Mayor General en otra altura parecida; pero sólo una quinta parte del regimiento ocupaba la parte culminante de la loma, mientras que todo lo demás se extendía en la vertiente posterior, permaneciendo oculto á la vista del enemigo. De modo que si nosotros les contábamos perfectamente á ellos, los franceses, engañados por la apariencia, se reirían de los cuarenta jinetes sin uniforme, enseñoreados del cerro con aire de perdonavidas.

Nuestras filas habían desalojado á los franceses de sus posiciones. Los vimos replegarse en desorden, y entonces cesó la inmovilidad de los coraceros. Los resplandecientes petos despedían reflejos múltiples, y ordenadamente descendieron de la colina en perfecta fila. Relincharon sus caballos, y los nuestros relincharon también, aceptando el reto. Pero entonces ocurrió uno de esos cambios de escena tan frecuentes en la guerra, y cuyo artificio, si cae en buenas manos, basta á decidir la victoria. Arrojadadas nuestras filas sobre las guerrillas enemigas, clareado el terreno y puestas en juego algunas piezas de Artillería, vióse que los franceses vacilaban, agrupándose y retrocediendo como si buscaran nuevas posiciones. Se nos dió orden de avanzar bajando, y una vez en llano, convertimos sobre nuestro flanco, para formar un largo frente de batalla. La Infantería francesa estaba delante de nosotros, resguardada por sus coraceros; pero éstos, observando nuestro movimiento y reconociendo al instante su in-

dudable inferioridad, invadieron precipitadamente la carretera. La retirada era cierta. Se nos formó en columnas, dándonos orden de cargar, y el regimiento se puso rápidamente al galope. Parecía que la misma tierra, sacudiéndose bajo las herraduras de nuestros caballos, hacia adelante nos lanzaba. Á nuestros primeros pasos tras un ideal de gloria, acompañaron voces de guerra mezcladas con piadosas invocaciones.

« ¡Madre nuestra, Santa Virgen de Araceli, ven con nosotros! ¡Viva España! »

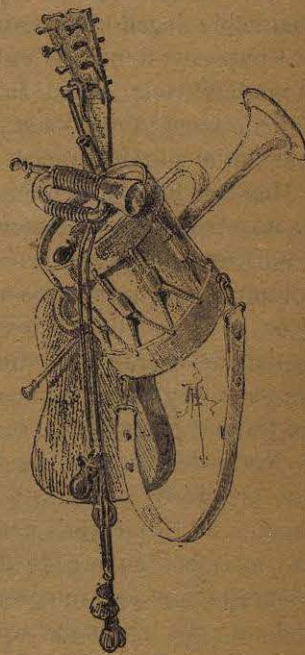
Ya nadie pensaba en tener miedo; muy lejos de esto, todos los de mi fila rabiábamos por estar en las de vanguardia, en aquellas filas dichas que acometían á sablazos á los franceses de á pie, ya pronunciados en completa dispersión. Su caballería picó espuelas por el camino de Bailén.

Habíamos vencido. Nuestro entusiasmo y ufanía se desbordaron en exclamaciones delirantes. Y no fué aquélla la última victoria de aquel día, porque cuando avanzábamos por la carretera de Bailén, se nos aparecieron de nuevo los franceses, reforzados por un destacamento que venía de Linares. Nuevamente les pusimos en fuga, haciéndoles, además, el flaco servicio de matarles al General Gobert, que de sus graves heridas murió pocas horas después en Guarromán... No quiso Reding, sin orden de Castaños, llevarnos adelante por aquel día, y volvimos á nuestro campo de la orilla izquierda, repasando el río. De satisfacción no cabíamos en nuestro pellejo. Era el 16 de julio, festividad del Carmen y aniversario de la batalla de las Navas de Tolosa, ganada contra los moros por castellanos, aragoneses y navarros. Con gritos de ardiente júbilo asociábamos la Historia antigua á la que nosotros traíamos entre manos. « ¡Viva Alfonso VIII, viva Reding! ¡Viva Castaños, viva la Virgen del Carmen! »

VI

Se nos acampó en un alto á espaldas de Menjíbar, y supimos con gusto que aquella noche no haríamos movimiento alguno. Nuestro gozo, como nuestra fatiga, necesitaba descanso; necesitábamos dar desahogo al efervescente júbilo refiriendo cuanto cada uno hizo y cuanto dejó de hacer para que la batalla fuese completamente ganada. Creíamos haber asistido á la más grande y gloriosa acción de los modernos tiempos; mirábamos con desdén á los que quedaron de reserva, y al contarles lo que pasó, hacíamos subir á cifras fabulosas el número de franceses segados por nuestros cortadores sables en la refriega.

Largas horas pasamos sobre el campo saboreando los deliciosos recuerdos de tanta gloria, que como dejos de un manjar muy rico nos renovaban el placer del vencimiento. La noche era como de verano y como de Andalucía, serena, caliente, con un cielo inmenso y una atmósfera clara, donde algo sonoro fluctúa, cuya forma visible buscamos en vano en derredor nuestro. Tendidos sobre la caldeada tierra á orillas del río, cuyas frescas emanaciones aspirábamos con anhelo, en-



treteníamos las horas hablando, cantando ó haciendo eruditas disertaciones sobre la campaña tan felizmente emprendida. Barajas y guitarras salieron no sé de dónde. En un grupo se jugaba á las cartas, en otro algunos cantaores echaban al vuelo las románticas endechas de la tierra. Tal era el estado de nuestras almas, que las más quejumbrosas nos parecían triunfales himnos.

Al siguiente día, hicimos un movimiento por la orilla izquierda, río arriba, hasta un punto mucho más alto que Menjíbar. Después, parte del ejército se entretuvo en marchas incomprensibles, y nos encontramos de nuevo en Menjíbar al anochecer del 18, punto al cual había llegado horas antes la división del Marqués de Coupigny. Reunidos ambos ejércitos, emprendimos la marcha hacia Bailén. Éramos catorce mil hombres. Todo anunciaba que íbamos á tener un encuentro formal con el ejército francés.

Mientras llegaba el momento inicial del drama, lejos de nosotros y en los flancos del ejército imperial mil dramáticas peripecias encolerizaban al enemigo. Las columnas de guerrilleros, mandadas por D. Juan de la Cruz, el Conde de Valdecañas y el clérigo Argote, se habían desparramado como enjambre mortífero por los pueblos y caseríos que dominaban el Cuartel General francés en las primeras estribaciones de la Sierra, al Norte de Andújar. De tal modo perseguían aquellos ardorosos paisanos á los franceses, y con tanta rapidez se dispersaban para evitar ser atacados, que á los invasores les era de todo punto imposible estar tranquilos un solo momento. El poderoso gigante sacudía de una manotada aquellos moscones venenosos; pero éstos volvían á zumbear en derredor suyo, le molestaban con sus terribles picaduras, y huían incólumes sin temer la espada ni el cañón, pues estas armas no se han hecho para mosquitos.

No podían los franceses apartarse de su Cuartel General como no fuera en grandes destacamentos. Iban doscientos hombres á llenar en la fuente próxima unas cuantas alcarrazas de agua. Si por acaso salían á merodear pelotones de poca fuerza, eran despachados por los guerrilleros en menos que canta un gallo. Antes que consentir que se apoderasen de una panera, la quemaban; las fuentes eran enturbiadas con lodo y estiércol para que no pudieran beber; los molinos desmontados y enterradas sus piedras para que no molieran un solo grano. ¡Ay de aquel francés que se rezagara en las marchas de su destacamento! Sentíase de improviso asido por mil coléricas manos; sentíase arrastrado por las mujeres, pellizcado por los chicos y acuchillado por los hombres, hasta que su existencia se apagaba con horrible choque en la fría profundidad de un pozo.

Cuando entramos en Bailén, ya muy avanzada la noche, nos sorprendió no ver ninguna fuerza francesa á la entrada del pueblo para disputarnos el paso. Por los vecinos que salieron á recibirnos, supimos que la división Vedel había pasado por allí al anochecer en dirección á La Carolina. Nuestro General determinó salir sin demora para Andújar; pero aun tuvimos tiempo de llegarnos á la casa de nuestro D. Diego, donde la Condesa y las niñas, con el afable preceptor, nos recibieron y agasajaron cumplidamente. En aquel breve y placentero respiro hubimos de apreciar la bondad de la señora y la simplicidad del Condesito, que no tuvo discreción bastante para ocultar á su madre las mil chabacanas sandeces y majaderías picarescas que aprendió en la desenfadada sociedad del campamento. Diónos la señora pan, algunas libras de chocolate y un repleto zaque de buen vino que habían podido salvar de la rapacidad francesa en aquellos días. Y

no hubo tiempo para más. Cornetas y tambores nos llamaron con clamor á un tiempo cariñoso y guerrero. ¡Adiós, adiós! Salimos á escape en requerimiento de nuestras cabalgaduras. Apuntaba el alba risueña y amorosa cuando las columnas de vanguardia comenzaron á salir del pueblo. Era el 19 de julio.

Mi regimiento debía salir de los últimos, y mientras se pusieron en movimiento la Artillería y los cuerpos de á pie, estuvimos más de media hora formados á la salida del pueblo, á mano derecha del camino. Íbamos á Andújar, resueltos á tomar la ofensiva contra el ejército francés, que al mismo tiempo debía ser atacado por Castaños, del lado de Marmolejo. ¿Y la división de Vedel, cuyos movimientos eran la clave de aquel problema estratégico? Á propósito de esto, sabréis que en aquel día memorable extremó sus iniciativas la Providencia, determinando en tiempo y espacio las más extrañas combinaciones, y dando lugar á equívocos que habian de alterar los planes de unos y otros. Después de la acción de Menjíbar, en que derrotamos á los franceses, matándoles al General Gobert, se les metió en la cabeza á nuestros enemigos la idea de que los *insurgentes* (así nos llamaban en sus despachos oficiales) no aceptaríamos batalla en campo abierto, reconociendo la superioridad táctica de las fuerzas del Imperio. Los pobres *insurgentes* se limitarían, según la presunción de los ensoberbecidos franceses, á cubrir los pasos de la Sierra para impedir la retirada de Dupont y Vedel, hartos molestos y descorazonados en un país furiosamente hostil, donde las águilas no podían volar y morían de hambre y de sed.

¿Qué resultó? Que mientras nosotros, en la noche del 18 al 19 determinábamos tomar la ofensiva y atacar á Dupont en Andújar, el bueno de Vedel se había corrido hacia los pueblos de la Sierra, creyendo que

íbamos hacia allá con largo rodeo, y Dupont salía calladito de Andújar con toda su fuerza y su extenso y pesado convoy, desfilando por la carretera con ánimo de ocupar La Carolina. Y cuando la aurora del 19 blanqueaba en el andaluz horizonte, ni Dupont sospechaba que habia de encontrarnos en el camino, ni nosotros, incautos *insurgentes*, teníamos la menor idea de que los estábamos á punto de tropezar de manos á boca con las altaneras águilas... Ya iba andando la vanguardia y centro, ya los de retaguardia, en las puertas de Bailén, requeríamos nuestras cabalgaduras, cuando... ¡Virgen del Carmen!, oímos un tiro, en seguida otro y otro... ¿Qué pasaba?

VII

Silencio en las filas. Detuviéronse los Cuerpos que ya iban en marcha, y desde el primero al último soldado prestamos atención al tiroteo, que sonaba delante de nosotros á la derecha del camino y á bastante distancia. Corrieron por las filas versiones contradictorias. Yo me alzaba sobre los estribos, procurando distinguir algo.

Sonó nuevamente el tiroteo, más vivo aún y más cercano, y en la vanguardia se operaron varios movimientos con oscilaciones que llegaba hasta nosotros. Sin duda algo grave ocurría; el ejército todo se estremeció desde su cabeza hasta su cola. Largo rato permanecemos en la mayor ansiedad, pidiéndonos unos á otros noticias... Por último, un oficial que á escape venía del Estado Mayor, nos sacó de dudas, confirmando lo que en nuestras filas no era más que halagüeña sospecha. ¡Los franceses, los franceses venían á nuestro encuentro! Teníamos enfrente á Dupont con todo su ejército, cuyas avanzadas principiaban á esca-

ramucear con las nuestras. Cuando nosotros nos preparábamos á salir para buscarle en Andújar, llegaba él á Bailén de paso para La Carolina, donde creía encontrarnos. Todos pusimos atento el oído, y al fin nos reconocimos, sin vernos, porque el corazón á unos y otros nos dijo: «Ahí están.»

Los generales empezaron á señalar posiciones. Todas las tropas que aun permanecían en la entrada del pueblo se pusieron en marcha. Corrimos un rato por terreno de ligera pendiente; bajamos después, volvimos á subir, y al fin se nos mandó hacer alto. Sentimos camino abajo, y como á distancia de tres cuartos de legua, más vivo fuego, que cesó al poco rato, reproduciéndose después á mayor distancia. Las avanzadas francesas retrocedían y Dupont tomaba posiciones.

No veíamos nada, á no ser vagas formas del suelo á lo lejos; las manchas de olivos nos parecían gigantes, y las lomas de los cerros el perfil de un convoy gigantesco. Un accidente noté que prestaba extraña tristeza á la situación: era el canto de los gallos que á lo lejos oíamos anunciando el día y llamando á los hombres á la guerra.

De repente una granada visitó con estruendo nuestro campo, reventando hacia la izquierda, por donde estaban los generales. Era como un saludo de cortesía entre dos guerreros que van á matarse, un tanteo de fuerzas, una bravata echada al aire para explorar el ánimo del contrario. Nuestra Artillería, poco amiga de fanfarronadas, calló. Sin embargo, los franceses, ansiando tomar la ofensiva con ánimo de aterrarnos, acometieron á una columna de la vanguardia que se destacaba para ocupar una altura.

La claridad del naciente día nos permitió apreciar todo el campo. El centro de la fuerza española ocupaba la carretera con la espalda hacia Bailén, de allí poco

distante; á la derecha del camino por nuestra parte se alzaban pequeñas lomas, que á lo lejos subían suavemente hasta confundirse con los primeros estribos de la Sierra; á la izquierda también había un cerro; pero éste caía después en la margen del río Guadiel, casi seco en verano, y que desemboca en el Guadalquivir cerca de Espelúy. Teníamos á un lado y otro del camino poderosa batería de cañones, apoyada por considerables fuerzas de Infantería; á la izquierda estaba Coupigny con los regimientos de *Bujalance*, *Ciudad Real*, *Trujillo*, *Cuenca*, *Zapadores*, y los escuadrones de *España*; á la derecha estábamos, además de la Caballería de *Farnesio*, los tercios de *Tejas*, los *Suizos*, los *Valones*, el regimiento de *Órdenes*, el de *Jaén*, *Irlanda* y voluntarios de *Utrera*. Mandábanos el Brigadier don Pedro Grimarest. Los franceses ocupaban la carretera por la dirección de Andújar, y tenían su principal punto de apoyo en un espeso olivar situado frente á nuestra derecha; por consiguiente, servía de resguardo á su ala izquierda. Asimismo ocupaban los cerros del lado opuesto con numerosa Infantería y un regimiento de coraceros, y á su espalda tenían el arroyo de Herrumblar, también seco en verano. Tal era la situación de los dos ejércitos, francés y español, cuando la primera luz nos permitió vernos las caras. Creo que unos á otros nos vimos recíprocamente muy malcarados.

«¿Sabéis lo que me ordenó mi señora madre que hiciera al comenzar la batalla?—nos dijo nuestro amo D. Diego. — Pues que rezara un Avemaría con toda devoción. Ha llegado el momento. *Dios te salve, María...*», etc.

El mayorazguito continuó en voz baja el Avemaría que había empezado en alta voz, y todos los de la fila, amparando nuestro apego á la vida con un pensa-

miento religioso, nos descubrimos y mascullamos la respuesta: *Santa María...*

Aun resonaba en el aire la fervorosa invocación, cuando un estruendo formidable retumbó en las avanzadas de ambos ejércitos. Las columnas francesas del ala derecha se desplegaron en línea y rompieron el fuego contra nuestra izquierda.

Tras las primeras descargas de las líneas francesas, éstas se replegaron, y avanzando la Artillería disparó varios tiros á bala rasa. Ponían ellos en ejecución su táctica propia, consistente en atacar con mucha energía sobre el punto que juzgaban más débil, para desconcertar al enemigo desde los primeros momentos. Algo de esto lograron al principio; pero nosotros teníamos excelente Artillería, y disparando también con bala rasa las seis piezas colocadas en la carretera y á sus flancos, el centro francés se resintió al instante, y para reforzarlo tuvo que replegar su ala derecha, produciendo esto un pequeño avance de la división de Coupigny. En tanto, las columnas ocultas entre los árboles salieron y se desplegaron, arrojando un diluvio de balas sobre el frente del ala derecha. Desde entonces, el fuego, corriéndose de un extremo á otro, se hizo general en el frente de ambos ejércitos. La Caballería, brazo de los momentos terribles, permanecía detrás, quieta y relinchante, conteniéndose con vigorosa rienda.

Atacada nuestra izquierda por los franceses con valentía pasmosa, nuestros batallones de línea retrocedieron un momento. Creyérase que abandonaban su posición al enemigo; pero bien pronto se rehicieron, tomando la ofensiva al amparo de dos bocas de fuego y de la Caballería de *España*, que cargó á los franceses por el flanco. Vacilaron un tanto los imperiales de aquella ala, y gran parte de las fuerzas que habían

salido del olivar se transportaron al otro lado. Su Artillería hizo grandes estragos en nuestra gente; mas con tanta intrepidez se lanzó ésta sobre las lomas que ocupaba el enemigo entre el camino y el río Guadiel; con tanta bravura y desprecio de la vida afrontaron los



soldados de línea la mortífera bala rasa y las cargas de la Caballería del General Privé, que llegaron á dominar tan fuerte posición.

Mientras esto pasaba, los de la derecha se sostenían á la defensiva, y el centro cañoneaba para mantener en respeto al enemigo, porque casi gran parte de su fuerza había acudido á la izquierda; pero una vez que se oyeron los gritos de júbilo de nuestros soldados, dueños de la altura antes en poder de los franceses, y cuando se vió á éstos aglomerarse sobre su centro,